

## LA CAPERUCITA ROJA

Érase una vez una niña que le decían *Caperucita Roja*. La llamaban así porque todos los días vestía una bella capa roja que su mamá le había cocido con mucho cariño y ella vestía con alegría.

Todos los días, a la Caperucita le gustaba ir a visitar a su abuelita que vivía al otro lado del bosque. Cierta mañana, la mamá de Caperucita la encomendó llevar unos pastelitos calientes y recién horneados para su abuelita, que se encontraba enferma y en cama. Como la mamá de Caperucita no la podía acompañar, le advirtió a la Caperucita que fuese muy prudente en el camino y tuviese cuidado, ya que atravesar el bosque conllevaba siempre ciertos peligros.



Luego de recibir las advertencias, la Caperucita emprendió el viaje de camino a casa de su abuelita, muy contenta y con ganas de verla y entregarle los pastelitos. Corría dando saltitos y cantaba jovialmente por el camino, entreteniéndose a cada paso ante la belleza del bosque:

—¡Qué frutillas tan rojas! —exclamó Caperucita, asomada entre la hierba.

Mientras probaba con apetito y alegría las frutillas maduras, recordó las palabras de mamá e imaginó a su pobre abuelita enferma y en cama, así que Caperucita reanudó la marcha.

Poco después, Caperucita se encontró con una mariposa preciosa que la condujo con su aleteo hasta un árbol, cuyas raíces se encontraban cubiertas de cientos de margaritas blancas. Caperucita no pudo evitar detenerse nuevamente ante el oloroso perfume que desprendían.

—¡Qué bonitas son! —exclamó la niña, mientras organizaba concienzudamente un ramillete para llevar a su abuela.



De pronto, escuchó entre la maleza unos extraños ruidos. Entre los árboles, los ojos atentos de un feroz lobo observaban a la pequeña, que quiso reanudar el camino, pero sin conseguirlo:

—¿Dónde vas, pequeña?

—preguntó el lobo con extraña amabilidad a Caperucita Roja.

—Voy a casa de mi abuelita que está enferma. Debo entregarle estos pastelitos

—respondió muy asustada la Caperucita que apenas sacaba un hilito de voz.

—Pues creo que te equivocaste de camino. Este que te voy a mostrar es mucho más corto.

Confiada la pequeña ante las palabras del lobo, que parecía tan amable, emprendió el nuevo camino. Sin embargo, el recorrido que el lobo le había señalado a Caperucita era el doble de largo que el anterior y la pobre Caperucita llegó a casa de su abuelita casi al anochecer y con los pastelitos recién horneados completamente fríos.

—Mientras espero a la niña, comeré a su abuela —dijo el lobo cruel y feroz, que había tomado el camino más corto, frente a la puerta de la casa de la abuelita.

—¿Quién es? —preguntó la abuela de Caperucita desde la cama, al escuchar dos toques sobre la puerta.

—¡Soy yo abuela, Caperucita! —exclamó el lobo feroz con una voz suave y delicada.

La abuelita sin sospechar nada del cruel engaño, abrió la puerta al lobo feroz y nada más entrar por ella de un bocado se la comió. Rápidamente se pudo la ropa de la abuelita y se metió a la cama a esperar a Caperucita, que un poco más tarde llamó a la puerta:

—Abuelita, ¿estás ahí?

Y desde la cama, el lobo imitó su voz:

—¡Sí, hija mía! ¡Pasa!

—Abuelita, ¡pero qué voz tan ronca tienes! —exclamó la niña asombrada al acercarse a la cama— Y ¡Qué orejas tan grandes tienes, abuelita!

—Son... para oírte mejor —dijo el lobo hambriento.

—¡Y qué ojos tan grandes tienes!

—Son... para verte mejor —dijo el lobo, ansioso.

Y Caperucita Roja, extrañada y algo asustada, exclamó en último lugar:

—¡Y qué boca tan grande tienes!

El lobo, saltando de la cama de la abuela y dando un feroz rugido, contestó a la niña:

—¡Es para comerte mejor!

Y, tras aquellas palabras, se comió el lobo también a la pobre Caperucita. Saciada su hambre, decidió echarse una siesta en la cama, quedando dormido profundamente durante algunas horas.

Paseaba por allí un cazador que andaba tras el rastro de un lobo. Cansado por el viaje y viendo desde no muy lejos la casa de la abuela de



Caperucita, decidió aproximarse para ver si los dueños le ofrecían su hospitalidad y podía descansar un rato en ella. Extrañado ante el silencio, decidió el cazador mirar por la ventana de la casa para ver si estaba habitada o no.

—¡Dios mío, el lobo! —exclamó atónito el cazador al ver tras los cristales al lobo que tanto había perseguido, metidito en la cama y con la barriga muy llena, en la habitación —¡Por fin lo encontré!

Y lentamente y sin hacer ruido, el cazador entró en la casa por la ventana y liberó a la abuela y a Caperucita de las entrañas del animal.

—¡Qué suerte que haya llegado a tiempo! —Gritó la abuela aturdida y muy agradecida del cazador.

Desde lejos se veía correr a la madre de Caperucita que, asustada por la tardanza de su hija, se había acercado también a la casa. Y así, todos agradecieron al cazador por su acción y lloraron de alegría.

—¡Qué miedo he pasado, abuelita! —exclamó Caperucita Roja, recuperándose poco a poco del susto.

Y tras abrazarse fuertemente con la abuela y despedirse de ella, Caperucita Roja y su madre volvieron a su hogar sin despistarse ya nunca más, ni un segundo del camino.

## PREGUNTAS

- 1- ¿Por qué a la Caperucita roja le decían así?
- 2- ¿Qué error cometió la Caperucita en su viaje?
- 3- ¿Qué pasó con la abuelita?
- 4- ¿Qué hizo el lobo para sorprender a la Caperucita?
- 5- ¿Cómo salvó el cazador a la abuela y a Caperucita?